

T H E S A V R V S

BOLETÍN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

TOMO XXXVII

Enero - Abril de 1982

NÚMERO 1

PRESENCIA Y VIGENCIA DE DON ANDRÉS BELLO

Con humilde y contrito ademán comparezco ante esta soberana asamblea para dar cumplimiento a los graves encargos que confiados me fueron por la largueza de sus directivas*. Quiso primero su derramada generosidad que el último por sus merecimientos en llegar a esta ilustre Academia ocupase la silla deparada inicialmente al egregio fundador de la Institución, don José María Vergara y Vergara, a cuyo ingenio, talento, hidalguía y gracia humana tanto deben las letras colombianas, cátedra honrada más tarde por preclaros varones de nuestra literatura. Intimidado mi ánimo por aquel encumbrado honor, no atinaba con la fórmula que, decorosa, permitiera mi acceso a la insigne corporación. Referida luego a esta histórica ocasión, y como para hacer inevitable mi ingreso a la Academia, acumulando honor sobre honor, con invitación tan obligante como inescapable, se me confía la encomienda de llevar la palabra, a nombre de la entidad, en la ceremonia que hoy nos congrega, dedicada a celebrar el bicentenario del nacimiento de don Andrés Bello, príncipe de los humanistas de América.

Quede aquí consignado, señor Director y señores miembros de la Academia, el testimonio de mi imperecedera grati-

* Discurso pronunciado en la Academia Colombiana el día 1º de diciembre de 1981 para celebrar el bicentenario del nacimiento de D. Andrés Bello.

tud por tanta gracia inmerecida. Y junto a él, el confiado ruego que dirijo a su benevolencia para disimular cuanto hubiere de deficiente en el desempeño de tan ponderosa comisión.

A tal propósito, sean mis primeras palabras para registrar la complacencia que a nuestro ánimo suscita, en la penuria de fervor americanista que al presente vivimos, el saber que a lo largo y ancho del hemisferio, y con la entusiasta participación de España, en esta hora se destaca a la consideración de las actuales generaciones el nombre excelso de don Andrés Bello.

Doblemente aureolada de excelencia y grandeza aparece su figura. Para trazar su etopeya habría que conjugar los más variados atributos humanos, como que en él se prodigaron casi todos, los específicos de la inteligencia y los que sólo brotan de las honduras del corazón. Primeramente un natural afable y bondadoso, propenso, desde la niñez, a las prácticas de la reflexión y los quehaceres apacibles; una inteligencia eminentemente inquisitiva y ordenadora, cuyos alcances se doblaban por el influjo de su tenacidad y disciplina; una imaginación cuyo vuelo poderoso, refrenado por un clásico sentido de la contención, no se extravió nunca, como él mismo decía, en el aborto de "esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas".

Entre las prendas morales, excelsas fueron su fortaleza y reciedumbre de ánimo. Para templar su alma le infligió la vida arduos padecimientos. Deshecho por la muerte vio su primer hogar y desaparecer con los años a ocho de sus hijos. De cerca conoció el lívido rostro de la miseria. Duro tormento dieron a su espíritu la incomprensión y la calumnia. Empero, no conoció deseo de venganza, ni alimentó rencor. No hubo acto suyo que no reflejara su clara noción del bien o la justicia, o que no estuviera presidido por los dictados de la austeridad, la generosidad o la compasión. Asistido por una fe inquebrantable, fue capaz, sin azoro, de mover montañas. Y, acorde con el precepto bíblico, anduvo siempre "pronto para oír y refrenado en la ira", al reconocer que "la ira del hombre no opera la justicia de Dios". Aceptaba el dolor como factor positivo y necesario para nuestra salud es-

piritual. Lo consideraba, y cito sus palabras, “en el plan de la Providencia, como un monitor celoso que nos retrae continuamente de lo que pudiera dañarnos”. Y añadía: “Los padecimientos del hombre son, pues, por una parte, un medio de perfeccionamiento y, por otra, una prenda de inmortalidad. Resplandece, pues, aun en ellos la beneficencia divina”.

Su inteligencia brotaba de la armonía, una armonía nacida de la orgánica plenitud de su espíritu. Recordemos sus palabras acerca de las facultades humanas en el discurso de instalación de la Universidad de Chile: “Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad ni armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra —añade—, una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen”.

Tal vez su característica más diferencial fue el equilibrio. En lo intelectual y en lo emocional. Por su manera de conciliar innovación y tradición, y su capacidad para ordenar y jerarquizar, como se ha señalado, en el más dorado término medio, la vida humana.

Fue, en resumen, y díganlo las exactas palabras de Rafael Caldera, uno de sus más ponderados exégetas, el *sofos*, el sabio. Anota Caldera:

Sabio es el epíteto que mejor le cuadra. No porque supiera muchas cosas, sino porque fue cabal expresión de la sabiduría integral. Sabio, porque conoció las supremas verdades de las cosas. Sabio, porque sintió la responsabilidad del que tiene conciencia de su propio valer. Sabio, porque con entusiasmo infatigable profundizó el conocimiento de la vida para orientar a sus discípulos. Sabio, porque supo vivir amoldado a las normas de la ciencia suprema, porque supo ser bueno, porque supo sentir estrechamente unida la trilogía que forman la Verdad, la Bondad y la Belleza... Integralmente sabio; dotado de aquella sabiduría profunda para la cual el universo es un agregado de relaciones armónicas y todas las ciencias se entrelazan y armonizan.

Desde luego, como ha sido observado, en su retrato humano tiene que haber bajorrelieves:

Pero las brillantes pinceladas de la fisonomía resaltan con el claroscuro. Timideces congénitas ante conmociones volcánicas; pequeñas

grandes angustias de una vida, en un momento dado llena de sufrimientos y de incomprensiones; inquietud de la inadecuación temperamental con un momento largo y decisivo de su itinerario, acaban de determinar el personaje y de humanizar la genial figura.

Situada así, bajo esta perspectiva de conjunto, se aclara entonces por qué cualquier aproximación a la persona y obra de Bello termina por resolverse en el asombro: por su hondura y vastedad; por su densidad humana y el claro designio social, humanitario que la impulsa; pero especialmente por la noble dimensión de su grandeza, la cual llevó a decir a don Marcelino Menéndez y Pelayo que Bello era "comparable con los patriarcas primitivos, constructores, poetas, filósofos y legisladores".

Pero aquí, obvia, se impone una pregunta: ¿dónde el secreto, dónde la clave de tanta excelencia?

Para alcanzar aquella cima de armonía espiritual fue menester que extremaran su virtualidad, naturaleza, educación y carácter. Y, efectivamente, en él los dones naturales multiplicaron su eficacia asistidos por la guía de egregios maestros y rindieron todo su potencial por el temple sin fatigas de la voluntad. Así lo atestigua su vida.

Esa vida, vista en la perspectiva del bicentenario que celebramos, se perfila nítidamente dividida en las tres grandes etapas demarcadas por don Miguel Antonio Caro: la de los años iniciales y la primera juventud, en Venezuela; la de sus años en Inglaterra, donde complementó su formación; la de los esplendorosos años finales, en Chile, los de la gran cosecha, cuando se despliegan todos sus poderes y se cumple su obra monumental. Cada una de esas etapas aporta logros decisivos. En las tres hay un misterioso enlace de azar y temperamento que se resuelve en destino.

Bello fue hombre bien nacido, fruto de un hogar adornado de virtudes sencillas, sólidamente cimentado sobre las más puras prácticas cristianas. Crece a la sombra de una madre solícita y amorosa y un padre afable, abogado de profesión y maestro de música por vocación. No es aventurado suponer que algo debió influir en su carácter aquel ámbito

de afecto, orden y armonía creado por sus padres. La piedad fue otro signo hogareño que lo acompañaría hasta su muerte. Infancia plácida fue, pues, la suya, centrada, por intensa propensión natural, en los estudios que orientarán rectamente maestros afectuosos: primero, un tío, fraile mercedario, para las disciplinas humanísticas; luego, sus guías en la universidad, para el bachillerato, que culminó con honores, y las carreras de derecho y medicina, que no terminó por falta de interés en su ejercicio profesional. Forzado más tarde por la necesidad abandona la órbita universitaria y pasa al cargo de Oficial 2º de la Secretaría del Capitán General, posición que gana por concurso y en la cual se desempeña con admirable brillantez.

Pero sus aficiones se encauzan hacia esferas distintas. Se apasiona particularmente por el aprendizaje de las lenguas. Profundiza su latín e inicia el estudio del francés, idioma que logra dominar; más tarde, se concentra en el inglés, hasta aprenderlo prácticamente solo. Mas no se trata de una superficial afición. En el fondo, lo que intenta desentrañar es el origen, la misteriosa génesis del lenguaje. Asimismo cultiva con singular fervor las ciencias de la naturaleza incitado, según parece, por el barón Alejandro de Humboldt, a quien acompañó en varias de sus expediciones.

Por esos mismos años se aventura igualmente en el campo de la docencia. A pesar de ser casi su contemporáneo, uno de sus discípulos fue el futuro Libertador Simón Bolívar, a quien enseñó bellas artes y geografía. Con juvenil entusiasmo hace también sus primeros ensayos como periodista.

Cabe anotar que aquella inquietud intelectual suya no era insular: respondía al clima grávido de excitación espiritual de su tiempo.

En efecto, Caracas vive entonces una de sus épocas de mayor esplendor cultural, participa fervorosamente del movimiento que impregna el ámbito de toda América, del cual se ha dicho justamente que fue una especie de Renacimiento. Es el momento, como observara Germán Arciniegas, en que "lo que parecía un continente pasivo y silencioso, descubrió las potencias sumergidas de su capacidad creadora y recrea-

dora [...]. Al final del siglo XVIII —dice— los americanos se encontraron delante de un nuevo mundo, y se dieron a la tarea de penetrarlo, de hacerlo suyo, de dominarlo, de exhibirlo ante el mundo antiguo como algo inespado y sorprendente [...]. A Andrés Bello —concluye— hay que situarlo dentro de este momento de alborozo americano para comprender su obra, y para explicarse cómo sus capacidades se multiplicaron hasta permitirle realizar una labor que en tiempos normales dejaría arruinado temporalmente al más vigoroso organismo”.

Pero no todo fue en Bello ejercicio y desarrollo de la inteligencia. Tuvo no menos viva la fibra cordial, la cual halló, desde muy temprano, cauce gustoso para su expresión en la poesía. Inmediata casi con la aparición de sus primeras composiciones, creció su fama de poeta en salones y cenáculos literarios, que se disputaban el honor de su compañía. En casa del joven Bolívar, su discípulo, leyó alguna vez sus traducciones del libro V de la *Encida* virgiliana y de la *Zulima* de Voltaire. Por su saber, señorío y gentileza no hubo luego sarao o tertulia de los que no fuese centro. Cifra suprema de la cultura colonial, fue el ornato y gala de aquella sociedad.

Cuando llega la revolución, y se hace necesario recabar la ayuda de Inglaterra para la causa de la liberación, es apenas normal que en la delegación, al lado de Bolívar y López Méndez, figure Bello, por su enjundia, pero, además, como la persona “que sabía inglés”. Cosa es de tener por cierta que jamás imaginara Bello cómo una disciplina tan inocente y sin previsibles consecuencias como el conocimiento de una lengua pudiera ser factor determinante para desatar su destino, como en efecto, sucedió en Inglaterra.

Aquí cabe preguntar: ¿qué habría ocurrido si Bello hubiera permanecido en Venezuela? ¿Se habría realizado su obra sin los años de expansión de su cultura en Inglaterra? ¿Hubiera sido tronchada su vida tempranamente, como la de la mayoría de sus compañeros, por las retaliaciones de la corona española contra los rebeldes del movimiento de liberación?

El hecho es que aquel viaje es crucial para su futuro. Se diría que la Providencia, previsor de altos menesteres, quiere reternele en Inglaterra terminada su gestión diplomática. Al partir no imaginó Bello que jamás volvería a los halagos del terruño nativo. Tan hondo fue el aquerenciamiento de sus juveniles días caraqueños, que nunca los tuvo en olvido. Con insistente nostalgia su memoria tornaba siempre a ellos.

En Inglaterra va a permanecer 18 años (1811-1829); llega maduro. Antes de salir, su precoz genialidad había dado ya frutos. Junto a su creación poética y labor periodística, había concluido, entre otros trabajos, el *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, suscitado por el estudio de Condillac, y su *Resumen de la historia de Venezuela*.

Aquellos años van a ser definitivos para su formación espiritual. La Europa de entonces, en pleno hervor de enciclopedismo, va a responder generosamente a la voracidad de conocimientos, a las innúmeras apetencias intelectuales del joven americano. Bello se vincula a ella con vivo entusiasmo.

Los días iniciales son duros. Se gana la vida enseñando para escapar a la miseria que le acosa. Pero nada le abate. Estudia incansablemente. Aprende griego hasta leer a Homero y Sófocles en el original. Se familiariza con la filosofía inglesa. Es ordenador de los manuscritos de Bentham y asiduo visitante del Museo Británico. En el cerebro le bullen mil proyectos. Lo investiga todo. Inicia su denso análisis sobre el *Poema de mio Cid*, que concluirá en Chile; profundiza en los orígenes del asonante; estudia la crónica de Turpin y la traducción de la Biblia. Es también en la brumosa Londres donde escribe sus *Silvas americanas*, expresión cenital de su creación poética.

Su simpatía e inteligencia pronto le abren paso y mejoran su suerte. El círculo de sus amigos ingleses y americanos se hizo cada vez mayor. Entre los primeros, estaba la familia de John Stuart Mill. Entre los segundos, Miranda, Olmedo, Antonio José de Irisarri, el ilustre guatemalteco.

Al igual que en Venezuela, rápidamente se convierte Bello en la figura señera de aquellos círculos americanistas. Irisarri, refiriéndose a él, en una carta a O'Higgins observaba:

De todos los americanos que en diferentes comisiones estos estados han enviado a esta corte, es este individuo el más serio y comprendido de sus deberes, a lo que une la belleza de su carácter y la notable ilustración que le adorna.

El mismo Irisarri hace que se le nombre Secretario de la Legación chilena en Londres, su primer vínculo con Chile. Después, será nombrado Secretario de la Legación de Colombia, y era encargado de la misma cuando llegó como plenipotenciario don José Fernández Madrid. Con este y otro ilustre cartagenero, don Juan García del Río, habría de unirle una hermosa amistad. Con García del Río funda y edita bellamente dos publicaciones: *El Repertorio Americano* y la *Biblioteca Americana*.

En 1823 van a insertar en esta última las indicaciones que juntos habían elaborado para "simplificar y uniformar la ortografía en América".

Bello casó dos veces con damas inglesas. De la primera quedó viudo al sexto año de su casamiento, la segunda le sobrevivió.

Si hubiera que sintetizar la incidencia que Inglaterra tuvo en el desarrollo intelectual de don Andrés Bello, indispensable sería su referencia a los siguientes aspectos: incremento, por manera decisiva, de lo que sería su oceánica erudición; acendramiento en su ánimo del acerado temple que siempre lo distinguió; consolidación de sus rasgos espirituales más sobresalientes: equilibrio, ponderación, tolerancia, "la maravillosa unión del talento especulativo y del buen sentido práctico". Inglaterra será igualmente propicia coyuntura para esclarecer su visión del futuro o, lo que es lo mismo, para afinar su sentido de responsabilidad histórica.

Bello hubiera podido permanecer en Londres el resto de sus días, pero su corazón y la meta de todo su quehacer estaban en la patria lejana. Con apasionado interés sigue de lejos el cruento proceso de la revolución, pero siente, sabe que lo suyo responde a misión distinta. Por temperamento y educación no alentó nunca en él proclividad castrense. Le tentaban únicamente las batallas de la inteligencia.

De otra parte, sus responsabilidades familiares aumentaban sin que sus recursos acusaran un paralelo crecimiento. Decide regresar. No quiere morir lejos de su tierra americana sin contribuir, terminadas las guerras, a su ordenamiento civil. Le asiste la convicción de que ha llegado su hora. Como un primer paso para acercarse a Venezuela intenta obtener la designación de Ministro de Colombia en los Estados Unidos. Ocurre entonces lo inesperado: el gobierno de Chile, donde por referencias de Irisarri y Egaña se le tiene en la más alta estima, lo llama, ofreciéndole, junto con su tradicional hospitalidad, amplias posibilidades para sostener decorosamente a su familia. Bello lucha por no aceptar. Su anhelo es vincularse a Colombia. Transido de pena escribe a su discípulo y viejo amigo el Libertador. Le acompañan en su empeño el afecto y la admiración de Fernández Madrid, quien también escribe apremiando una solución favorable. Mas todo en vano. El Libertador, en una dolida carta que trasluce las dificultades en que se debate, rodeado de incomprensión, le dice:

He tenido el gusto de recibir las cartas de Ud. [...]. Y, a la verdad, siento infinito la situación en que usted se halla colocado con respecto a su destino [...]. Yo no estoy encargado de las relaciones exteriores, pues que el general Santander es el que ejerce el poder ejecutivo. Desde luego, yo le recomendaría el reclamo de usted; pero mi influjo para con él es muy débil y nada obtendría.

¿Desinterés o desgano del Libertador por ayudar a su antiguo compañero? En manera alguna. Estaba, de verdad, maniatado por las circunstancias. Glosando este episodio comentaba don Vicente Lecuna:

El 16 de julio de 1827 Bolívar le dice a Bello que no puede recomendar sus asuntos al general Santander, y se limita a recomendarlo al Secretario de Relaciones Exteriores porque, en efecto, desde el 16 de marzo el Libertador, desgraciadamente, había roto con el Vicepresidente, participándole directamente, según dice a Soubllette en la misma fecha, que no quería responderle ni darle el título de amigo.

Bello decide viajar a Chile. Su resolución fue comunicada por Fernández Madrid al Libertador. Este escribe anonadado

a Fernández Madrid rogándole interponer sus oficios para evitar la salida de Bello:

Yo ruego a usted encarecidamente —le dice— que no deje perder a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía. Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo, y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto.

Cuando esas hermosas y nobles palabras llegaron a Inglaterra, ya era tarde. En Chile las conoció Bello. Es de suponer que de haberlas recibido en Londres, distintos hubieran sido sus años finales: ¿habría venido a Bogotá? Y otra conjetura: ¿cómo hubiera sido la historia cultural de Colombia de haberla orientado la poderosa inteligencia de Bello? El naufragio final del Libertador, la ingratitude con que fue tratado por los granadinos, debieron disuadir en él todo intento posterior de vincularse a Colombia.

A comienzos de 1829 Bello se desplaza hacia Chile. Tiene 48 años. Está en la plenitud de su vigor físico e intelectual. Lo que siente al partir queda consignado en la carta de despedida que dirige a su amigo y jefe, Fernández Madrid. Escribe el 13 de febrero:

Aguardo con impaciencia que amanezca para dejar esta ciudad, por tantos títulos odiosa para mí, y por tantos otros digna de mi amor, particularmente ahora que la habita el primero de los hijos de Colombia y el mejor de los hombres.

¿Qué encuentra en la república austral? Bolívar la había calificado, como vimos, de “país de la anarquía”. He aquí las propias primeras impresiones de Bello, recogidas de su correspondencia con Fernández Madrid. Dice en carta del 20 de agosto de 1829:

El país hasta ahora me gusta, aunque lo encuentro algo inferior a su reputación, sobre todo en bellezas naturales [...]. En recompensa, se disfruta, por ahora, de verdadera libertad; el país pros-

pera; la juventud de las primeras [“¿familias?”] manifiesta mucho deseo de instruírse; el trato es fácil [...]. Se goza de hecho toda la tolerancia que puede apetecerse.

Y comenta:

Siento decir a usted que he traído demasiados ejemplares de su colección de poesías. La bella literatura tiene aquí pocos admiradores.

Bello entonces no podía soñar siquiera que aquel mismo país, siglo y medio más tarde, por virtud de su genio fecundante, sería el único de América doblemente galardonado con el Premio Nobel en poesía.

Pero había más. A su arribo Bello encuentra la generosa hospitalidad que ha sido cotidiano ejercicio de las gentes chilenas. Se lo rodea de amistad y de afecto. Y se lo sitúa. Bello va a responder gallardamente a tanta gallardía. Va a colocar todas las virtudes, todos los recursos de su inteligencia y toda la hidalguía de su corazón al servicio de un pueblo que lucha por su estructuración. Durante los primeros años, puesta de lado su poesía, y sin interrupción, va a dedicarse enteramente a enseñar. En Londres, como anotamos, la docencia había sido ocupación secundaria suya. Ahora, En Chile, y a impulsos de la gratitud, va a florecer el pedagogo, mejor, el maestro: el que enseña con la palabra y el ejemplo. De su hercúlea tarea va a salir modelada el alma de un pueblo.

Una angustia le acucia: la urgencia por dar, tras las batallas de la independencia, las de la libertad civil. De otro modo, la libertad podría festinarse en libertinaje. Para aquella experiencia Chile era campo ideal. Estaba deshecho por las luchas políticas. Su nivel cultural, como había señalado, era muy bajo. Había que partir, pues, de cero. El formidable desafío, sin embargo, la colosal tarea no le arredraban.

Hay, desde luego, que anotar que la clarividencia de su visión histórica rebasaba el ámbito de lo chileno para envolver en una concepción integral a la totalidad de las naciones americanas. Aquella visión va a convertirlo, desde Chile, en el prototipo de los humanistas de América, con un humanismo centrado no en el conocimiento de las lenguas y culturas

antiguas sino del español, ingrediente fundamental, indispensable de aquella integración.

La preservación de la unidad lingüística en América merecerá por ello especial prioridad en su quehacer. Así, va a vivir para ser el gran ordenador del mundo americano. Toda su actividad estará determinada por un mismo designio: el de afianzar la identidad de las recién nacidas repúblicas, para que, ahincadas desde su verdad, pudiesen luego incorporarse, con voz y perfiles propios, en armonioso concierto con los demás pueblos de la tierra. Ese designio americanista, al par de su recia estructuración de humanista, explican por qué la multifacética creación del insigne repúblico, pese a su variedad, no fue dispersa ni caótica, sino coherente y orgánica. La alentaba un mismo principio.

Para las jóvenes naciones propugnó, en consecuencia, una ciencia que fuera, en lo posible, creación americana, sin absurdos rechazos de la ciencia europea, mas liberada de su culto supersticioso. En su memoria sobre el plan de estudios de la Universidad de Chile escribe en 1848:

¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? Si así lo hiciésemos, seríamos infieles al espíritu de esa misma ciencia europea, y le tributaríamos un culto supersticioso, que ella misma condena. Ella misma nos prescribe el examen, la observación atenta y prolija, la discusión libre, la convicción concienzuda. Es cierto que hay ramos en que debemos, por ahora, limitarnos a oírla, a darle un voto de confianza, y en que nuestro entendimiento, por falta de medios, no puede hacer otra cosa que admitir los resultados de la experiencia y estudio ajenos. Pero no sucede así en todos los ramos de literatura y ciencia. Los hay que exigen investigaciones locales. La historia chilena, por ejemplo, ¿dónde podrá escribirse mejor que en Chile? ¿No nos toca a nosotros la tarea a lo menos de recoger materiales, compulsarlos y acrisolarlos? [...]. Pocas ciencias hay que, para enseñarse de un modo conveniente, no necesiten adaptarse a nosotros, a nuestra naturaleza física, a nuestras circunstancias sociales. ¿Buscaremos la higiene y la patología del hombre chileno en los libros europeos, y no estudiaremos hasta qué punto es modificada la organización del cuerpo humano por los accidentes del clima en Chile y de las costumbres chilenas? ¿Un estudio tan necesario podrá hacerse en otra parte, que en Chile?

Para Bello estaba claro dónde había de acendrase la gigantesca hazaña. Comprendía que sólo desde la universidad podían darse aquellas batallas por la liberación final en la cultura. Así, propuso la creación de la Universidad de Chile, de la cual sería Rector hasta su muerte, cimentada en el orgánico concepto que siempre tuvo de lo universitario. Para él, la universidad tenía una nítida finalidad: capacitar a sus beneficiarios, a través de una educación integral, para una vida plena, fecunda y digna en su ser y su hacer.

A pesar de su profundo entusiasmo por los ideales científicos y de progreso de su época, nunca compartió el devastador concepto, hoy tan en boga, de la universidad como fábrica de profesionales. En su opinión, la universidad no podía ser cosa distinta de crisol de hombres, forja de patria, levadura de historia.

Como suprema entidad cultural, pensaba asimismo que debía ser corona y faro de todo el sistema educacional. “Yo ciertamente soy —apuntaba— de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero, por eso mismo, creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras”.

Para animar ese sistema educacional propugnaba Bello una filosofía vital, libre de beaterías académicas, coherente y eficaz. En esta hora de pedantes y confusas pedagogías, tonificante será volver los ojos a sus postulados fundamentales.

La cohesionaba toda en torno a una norma central: la docencia, según él, antes que transmitir datos inconexos debía poner en actividad el entendimiento a fin de capacitarlo para observar, asimilar, ordenar, integrar conocimientos. Debía evidenciarle al estudiante los principios comunes a todos los

saberes y sus formas de aplicación. Innecesario decir que aborrecía el aprendizaje mnemotécnico.

Insistía en que, con pareja intensidad, debía enderezarse a la formación intelectual, física y moral, sin descuidar las guías que requiere el corazón. Y la quería amplia en su espectro de estudios, sin que hubiese entre ellos dispersión o aislamiento. Además, comprensible. Como Whitehead, mucho más tarde, advertía contra una docencia de ideas muertas, las que la mente del estudiante no asimila o combina con otras ideas. Y quería, por sobre todo, que fuese ardua, fruto de la disciplina y el trabajo, para que finalmente se tradujera en alegría.

Estructurada sobre estos principios desarrolló Bello su colosal labor educativa en Chile.

Como los textos de la época andaban muy retrasados, y, para algunas disciplinas, eran inexistentes, acometió, solo, o lo que es lo mismo, a la española, la ingente empresa de actualizarlos o escribirlos. A ese propósito tuvo que ser, al tiempo, investigador, profesor y divulgador.

E investigó casi todas las áreas del saber, y fue entregando, con asombrosa sencillez, los frutos de su quehacer.

Vano empeño sería, en el estrecho marco de esta disertación, intentar una presentación, ilustrada a detalle, de los logros alcanzados en las diversas provincias del conocimiento por la prodigiosa inteligencia e infatigable tesón de este titán.

Las ciencias naturales, la filosofía, la investigación histórica, las humanidades, la sociología, la estética, la economía —¿a qué seguir?— fueron territorios explorados por su inagotable curiosidad mental, a los que enriqueció con la sagacidad de sus disquisiciones.

A pesar de su trascendencia, tampoco habré de analizar sus contribuciones en las esferas del derecho. Eminentes juristas colombianos han dedicado por estos días largas jornadas a la exégesis de su pensamiento jurídico, tan profundo en repercusiones sobre el ámbito todo de los pueblos de América. En cambio, dado el carácter conmemorativo fijado por la Academia a esta solemne sesión, indispensable será que destaquemos con alguna amplitud sus hazañas idiomáticas,

por ser además aquellas en las que alcanzó su genio originalidad más radical, con implicaciones sociales de la mayor consecuencia.

Porque Bello fue, y en consenso que no ha conocido vacilaciones, el supremo codificador-legislador de nuestra lengua, el preservador de la unidad lingüística y cultural de las tierras hispánicas.

Para dar cumplimiento a tan alto destino, acumuló su tenacidad todos los saberes requeridos, fundamentales: minucioso dominio de la naturaleza y comportamiento de las lenguas; seguro manejo de las dos básicas, latín y griego, y ágil comando de varias de las vivas, con amplia información de sus respectivas literaturas; familiaridad, al detalle, con la expresión literaria castellana, sin que faltaran, junto a las destrezas del lingüista, la malicia verbal del escritor, la intuición del poeta.

Tras largas cavilaciones había perfeccionado una clara perspectiva de la lengua española, en desdoblado contraste de pasado y futuro. Había explorado su historia sin perder pormenor, desde su génesis balbuciente, por derivación del latín, hasta la culminación de su deslumbrante madurez, trocada ya en sonoro y dúctil instrumento para la trasmisión de cualquier suerte de invenciones y conceptos. Tras el descubrimiento y la gesta conquistadora, la vio seguir su curso americano y acrecer su caudal con extrañas y matizadas voces, ensayar nuevos ritmos y modulaciones que la contaminaron de mestiza y sabrosa andadura, y multiplicar insospechadamente sus diminutivos hasta habilitarse para las más sutiles inflexiones de la ternura y la ironía.

Con noble desasosiego advirtió luego en aquel hermoso proceso la aparición de accidentadas y azarosas ocurrencias. La complicada geografía de América y la desvertebración que se produjo en su unidad política por razón de las guerras libertarias dieron marco propicio para que se iniciaran en la estructura del español colonial dislocaciones que ominosas hacían presagiar su acelerada descomposición. Desde Europa, eminentes lingüistas la diagnosticaron irremediable.

A Bello le punzaba la urgencia de evitar el amenazador desastre. Y así, con el templado valor y serenidad que caracterizaron todas sus ejecutorias, decidió colocar, como un dique, el poder de su pecho y de su inteligencia para contener el progreso de aquella desintegración. A todos los rincones de América hizo llegar su pluma una voz de alerta y prevención sobre la precaria situación. En favor de su causa libró penosas controversias con opositores, en veces, no tan solo agueridos sino virulentos. Tal el caso de don Domingo Faustino Sarmiento. Finalmente, y para dar solidez conceptual y permanente a sus propósitos, escribió su magistral *Gramática* que, por la circunstancia mencionada, decía estar *destinada* —así en el título— *al uso de los americanos*.

¿Cómo identificar la trascendencia de la *Gramática*? Sobre decir que otras hubo anteriores, mas todas ellas, sin exclusión de la misma gramática de la Real Academia, estaban analizadas con referencia a las estructuras del latín. El acierto inicial y genial de Bello consistió en quebrar aquella sujeción, con lo cual protocolizó, ni más ni menos, la independencia lingüística del español. Y no por simple afán innovador, animosidad política u otra espuria intención. Para evitar desviadas interpretaciones de su pensamiento, en el *Prólogo* a su *Gramática* estableció con meridiana claridad los criterios que lo llevaron a componerla. Ante todo, razones histórico-culturales: para contribuir, como ya señalamos, a la preservación de la unidad idiomática de Hispanoamérica. “Juzgo importante —escribe— la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes”. Había también, desde luego, supuestos científicos. Partía de una convicción fundamental: la de que no se deben “aplicar indistintamente a un idioma los principios, los términos, las analogías en que se resumen bien o mal las prácticas de otro”. Quería, en consecuencia, que su *Gramática* fuese acordado reflejo de la realidad lingüística del español. Para ello, decía, “es preciso enumerar las formas que tiene y los significados de cada forma como si no hubiera en el mundo otra lengua”.

Como, de otra parte, consideraba que “una lengua viva es un cuerpo que crece siempre sin tasa y sin medida”, buscó las formas de armonizar, como observara nuestro don Marco Fidel Suárez, “el movimiento con el orden sin abrazarse al sistema de la enervante estabilidad, pero tampoco al de la loca innovación”. Esto suponía defender, de un lado, las estructuras básicas, diferenciales de la lengua, manteniendo, al tiempo, por el otro, una prudente apertura hacia los neologismos. “No es un purismo supersticioso el que me atrevo a recomendarles”, puntualizaba. Según él, había que legitimar solamente aquellos neologismos generados por “el adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, [las cuales] piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas”. De otra parte —añadía— hay que atajar “la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, [la que] alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín”. De dar paso a tan perniciosa práctica, “Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua. Y concluía, refiriéndose a su *Gramática*: “sea que yo exagere o no el peligro, él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra, bajo tantos respetos superior a mis fuerzas”.

Mas, ¿a qué árbitro remitir las decisiones en tan delicada materia? Bello responde con la fijación de una regla de oro: al uso, pero “al uso —comenta— de las personas bien educadas, porque es el más uniforme en las varias provincias que hablan una misma lengua, y por tanto el que hace que más fácil y generalmente se entienda lo que se dice; al paso que las palabras y frases de la gente ignorante varían de unos pueblos y provincias a otros y no son fácilmente entendidas fuera de aquel estrecho recinto en que las usa el vulgo”.

Conocemos bien los resultados de su empeño descomunal. Siglos atrás Nebrija, al tiempo que las naves colombinas en-

derezaban su esperanza hacia el misterio del orbe nuevo, había dado a luz su *Gramática de la lengua castellana*. Consignado dejó en su dedicatoria —dirigida “a la muy alta y así esclarecida Princesa doña Isabel, Reina y Señora Natural de España y las Islas de Nuestro Mar”— el propósito de su escritura: extender y afirmar la lengua del Imperio. Fue empresa fallida. Por contraste, le cupo, en cambio, a Bello la proeza de afirmar el imperio de la lengua. Pues los fatales augurios acerca de su desintegración en América no se cumplieron. Prueba gloriosa de ello, la formidable salud lingüística de que hoy goza en el mundo hispánico, y el hecho mismo de que aquí, esta noche, y en limpio y vigoroso español, estemos entonando en su honor nuestra encendida loa de gratitud.

Pero el cuento no acaba aquí. Porque tornando al amplio espectro de las relaciones de Bello con el lenguaje, subrayemos que su enfoque quedaría gravemente incompleto si junto al análisis de la obra eminentísima de filólogo no dedicásemos algunas reflexiones a su labor de artista, a su creación poética, no menos impar.

Tanta pujanza de energía espiritual hubo en Bello que llegó a configurar uno de los híbridos más improbables, como dirían los ingleses, casi siempre imposible: el del gramático-poeta.

Cabe anotar, sin embargo, que no fue la de Bello musa prolífica. Su carrera de poeta —como observara don Miguel Antonio Caro— “fue segura pero lentísima, sembrada a largas distancias de producciones de mérito desigual”. ¿Falla censurable? Ocurría que muchos de aquellos poemas eran tan solo desahogos confidenciales no remitidos a parnaso alguno, y como tales hay que tomarlos. En cambio, cuando el empeño era de largo y levantado vuelo, entonces su palabra se tornaba encumbrada y cimera. Así en sus *Silvas americanas*. Unidas a varias de sus excepcionales traducciones, *La oración por todos*, valga por caso, aquellas piezas bastarían para preservar su nombradía de poeta. Desmenuzadas por la crítica, han sobrevivido incólumes, ungidadas por plenaria consagración.

La silva *La agricultura de la zona tórrida* fue exaltada por Caro como dechado de poesía científica, “por la forma en

que especula sobre los fenómenos naturales, adorna y hermosea verdades descubiertas por la ciencia". El mismo señor Caro la calificó igualmente de didascálica, por conjugar filosofía, ciencia y poesía. Desde vecina vertiente, otros la consideran como "uno de los más bellos ejemplos que hay en castellano de poesía didáctica". Para otros, su especial atractivo reside en su equilibrio de lo romántico y lo clásico. Hay concurrencia general en señalar el fervor, la delicadeza y fresco realismo con que están escritas las *Silvas*.

¿Su mayor valor? El constituir, como justamente se ha dicho, "nuestra declaración de independencia poética". Porque lo que en ellas irrumpe es América tórridamente, caudalosamente, con todas sus riquezas en despliegue. Y es que así como en la fijación de los perfiles del español rechazaba Bello toda posición de culto supersticioso frente al latín, en las *Silvas* anuncia, proclama que ha llegado la hora de liberarnos de innecesarias sujeciones a la literatura clásica y peninsular, y de iniciar nuestra propia expresión literaria, ahincada en los motivos de nuestra realidad americana, afirmadora de la propia identidad.

La carta declaratoria de esa independencia quedó establecida, con férvido pulso, en el arranque de su *Alocución a la poesía*:

Divina poesía,
tú, de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría;
tú, a quien la verde gruta fue morada
y el eco de los montes compañía,
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

Pero advertamos: la afirmación de lo propio no significaba en ningún caso renuncia a la gran tradición literaria occidental. Tal posición sería en Bello inconcebible. Jamás renunció a ella. Más aún: se ha señalado que nunca quiso o logró liberarse de ella. Es lo que aducen algunos, a quienes parece in-

comodar en su escritura el sesgo, en su sentir, excesivamente clásico que prevalece en ella, una cierta inadecuación, dicen, entre los refinamientos del verso y el tema: la naturaleza indómita y desordenada, la pujanza avasalladora de lo americano, el traslado, inalcanzable, de las selvas a silvas.

Desde luego, estas más que insulares apreciaciones, nada restan al consenso universal que sigue admirando en las *Silvas*, particularmente en la de la *zona tórrida*, el vigoroso aliento que las inspira, su virtuosismo en el empleo de acentos, ritmos y encabalgamientos para dotar a la versificación de máxima elasticidad, la emblemática incorporación de voces americanas a su lenguaje poético, la profusión de sus hermosuras naturales que recuerdan al Góngora de las *Soledades*, así como la opulencia y audacia de sus metáforas que, como una extraña flora, parecen cabalgar sobre la marcha neoclásica de su sintaxis:

Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
[...]
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
[...]

Igual consenso admirativo, y con no menos razón, señala la emergencia que en las *Silvas* se produce, y en todo su esplendor, del nuevo espíritu americano, exultante en su conquista de la libertad, mas anheloso de sencillas formas de vida, en su consagración a la paz:

Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea;
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,

y sola adorne al mérito la gloria.
 [...]

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
 alzáis sobre el atónito occidente
 de tempranos laureles la cabeza!
 [...]

Las gentes a la senda
 de la inmortalidad, ardua y fragosa,
 se animarán, citando vuestro ejemplo.
 Lo emulará celosa
 vuestra posteridad; y nuevos nombres
 añadiendo la fama
 a los que ahora aclama,
 "hijos son éstos, hijos
 (pregonará a los hombres)
 de los que vencedores superaron
 de los Andes la cima;
 de los que en Boyacá, los que en la arena
 de Maipo, y en Junín, y en la campaña
 gloriosa de Apurima,
 postrar supieron al león de España".

Bello conoció antes de morir el reconocimiento a sus virtudes y hazañas. La suya fue una ancianidad procera, con sus ochenta y cuatro años, ya casi intemporal, con un aire de trasmundo y glorificado en vida, disminuído físicamente por la parálisis de sus extremidades inferiores, pero intacto en las potestades de su espíritu, indomeñable en la apasionada juventud de su corazón que seguía cumpliendo, incansable, jornadas de hasta diez horas de labor, repartidas sabiamente entre la ampliación e indagación de los saberes y el gozoso ejercicio de la amistad. Su última estampa de sabio, rodeado por el afecto de sus discípulos, tiene un sesgo de nítido corte socrático, magistral en todos los sentidos del vocablo.

Bello fue ciertamente el primer gran ciudadano de América. Su vida tuvo por escenario el paisaje total americano: desde el norte de su Caracas natal hasta el Chile austral de su muerte. Nadie la estudió como él. Su quehacer, de otra parte, no conoció otro móvil que el servicio sin límites del hemisferio. Por su creación monumental, de él puede decirse igualmente que fue el primer gran americano universal.

Decimos de su obra que es hontanar que no cesa. La autoridad de su magisterio sigue fertilizando, pautando normas y derroteros al destino de nuestra América.

Con esa obra los pueblos de este Continente tienen contraído un compromiso histórico: el de continuarla. Colombia, en particular, por haber sido entre las repúblicas hispánicas la que dedicara una más sostenida y amorosa atención a su perfeccionamiento.

En este bicentenario de su nacimiento ningún homenaje, pues, más acorde con su gloria que la renovación de nuestro fervor por los ideales que animaron con sagrado fuego la grandeza de su mente y de su corazón: el empeño por afirmar la dignidad del hombre americano, sus valores y cultura; la integración, por la variedad en la unidad, de los pueblos de América.

De no ser así, con pesadumbre de baldón, seguirán gravitando sobre nuestro porvenir los elegíacos trenos que el poeta dirigiera al Libertador:

*Disminuídos por el odio
viven los hombres que aliaste con tu gloria y tus sueños.*

RAMÓN DE ZUBIRÍA